

# TRES MESES DE VIAJE EN EL PAIS VASCO (1877)<sup>(\*)</sup>

POR

L. LOUIS LANDE<sup>(1)</sup>

---

(Traducción de «Martín de Anguiozar»)

---

## NAVARRA

### I

Es durante una bella mañana de mayo cuando se debe dejar Francia y; franqueando el puente-frontera de Dancharinea, entrar en Navarra. La ruta cruza primero algunas lindas cañadas bordeadas por alturas secundarias que como otros tantos contrafuertes flanquean de ese lado la cadena maestra de los Pirineos; a medida que se avanza, el horizonte se ensancha, el valle se dilata, las montañas se separan y forman en su retirada un anfiteatro inmenso en que cada ondulación del suelo figura una gradería. En primer plano, una línea de colinas bajas que van a morir en declive suave al llano; más arriba, grupas redondeadas que la variedad de colores marca con tonos de un verde diferente; después, cumbres sombrías, cubiertas de bosque o tapizadas de helechos y retama; más allá, en fin, perdidos en el cielo, grandes picos abruptos, descarnados, guardando aún en las fragosidades de la roca largos filones de nieve muy blanca que brillan al sol como láminas de cristal pulido. Este paisaje

---

(\*) Publicamos este trabajo, como otros anteriores del mismo género, a título documental. (Nota de la Redacción).

(1) *Trois mois de voyage dans le Pays Basque*. Publicado por *Revue des Deux Mondes*, París, 1877 (Nota del Traductor).

férrea de Tudela a Bilbao; eso fué para Orduña el ultimo golpe. La antigua ciudad reposa al fondo de un circo inmenso y las cimas que la rodean son tan elevadas, sus flancos tan abruptos, que el tren para llegar a ella está obligado a hacer a la izquierda un rodeo de quince kilómetros. Más allá de Orduña la vía continúa descendiendo casi en línea recta a través de campos divididos por vallas vivas de rosales silvestres y de moreras en flor; después, desfilan al galope de la locomotora aldeas famosas en la historia de Vizcaya, Luyando, donde se hallaba el árbol Malato, límite extremo de la provincia; Arrigorriaga, testigo de gran victoria alcanzada en el siglo IX sobre los Castellanos. Quintas aisladas apuntan en la campiña y revelan la vecindad de una gran villa; por desgracia muchas fueron pilladas e incendiadas; se reconoce ahí la traza del ejército carlista.

Llegué a Bilbao en los últimos días de Julio; el calor comenzaba a ser desagradable. Desde hacía ya más de dos meses recurría yo las campiñas del interior; por otra parte, la costa cantábrica me era recomendada como la finalidad de excursión más encantadora del mundo. Mi resolución fué pronto tomada y, sin aún darme tiempo para visitar la ciudad, me dirigí hacia el norte. Iba yo a pie, única manera de viajar con provecho, con buenos mapas en los bolsillos, pues mi intención era no seguir siempre los caminos trazados. Fué así como en el curso de la primera jornada percibí, no lejos de la pequeña villa de Munguía, las ruinas del castillo de Butrón, rodeado de espesas oquedades de robles y castaños. Hacia mediados del siglo XIII, como consecuencia de discusión fútil promovida en una ceremonia religiosa, estalló la guerra civil en el país vasco, y toda la nobleza se dividió en dos campos, *oñacinos* y *gamboínos* (2). Como los güelfos y los gibelinos, enarbolaban colores, unos el negro, otros el blanco, y desde entonces no hubo reunión pública, cualquiera que fuese su objeto, fiesta, boda o entierro, que no sirviera de pretexto para conflictos en que corría la sangre a raudales. En vano los reyes de Castilla, con ayuda de los corregidores y de las villas, quisieron intervenir; en vano don Enrique IV dió orden de dismantelar todos los castillos del país con prohibición de volverlos a alzar en piedra de talla desde el primer piso; en vano los más peligrosos de los perturbadores fueron apresados y deportados al otro extremo de la Península en pueblos vecinos a los Moros, donde pudieran satisfacer a placer sus instintos batalladores; esas guerras, serie ininterrumpida de saqueos, incendios, crímenes, duraron hasta fines del siglo XV y se hizo preciso la mano fuerte de Isabel Católica

para ponerlas un termino (3). Los Gómez de Butrón eran los principales jefes del partido oñacino. Su morada se alzaba en una altura escarpada a proximidad de la ría de Plencia, cuyas aguas, por un túnel hábilmente excavado bajo la montaña, alimentaban los fosos del torreón. Rebajado como los demás por orden del rey de Castilla, el castillo de Butrón perdió desde hace mucho sus huéspedes señoriales; verdaderos árboles; brotados al azar en el espesor de los muros, desunen lentamente las piedras bajo el esfuerzo de sus raíces, y los campesinos de la vecindad acuden a proveerse de morrillos como a una cantera; un pobre cultivador ocupa con su familia un rincón del primer piso, sirviéndole la inmensa sala de abajo para alojar su ganado. El buen hombre quiso hacerme el honor de sus ruinas, y me contaba a su manera los terribles acontecimientos que presenciaron. Hay una torre, la mejor conservada, dominando a la diestra un profundo barranco; un día, estrechado por sus dos mortales enemigos, los señores de Velilla y de Avendaño, el castellano de Butrón hubo de retirarse a su fortaleza; se prolongaba el asedio, y la guarnición, a punto de terminar sus víveres, iba a verse obligada a rendirse cuando un escudero, apareciendo entre las almenas de la torre, ideó arrojar a puñaditos a las palomas y otros volátiles que merodeaban en el barranco, las últimas medidas de trigo que quedaban. A la vista de esto, el desaliento se apoderó de los sitiadores; el castillo era inexpugnable a viva fuerza; creyendo que sus defensores tenían provisiones en abundancia, decidieron levantar el bloqueo. De hecho, el torreón y el barranco están ahí, pero, ¡qué!, ¿la historia antigua no cita mil astucias análogas, entre otras la de los Romanos que, sitiados en el Capitolio y reducidos al último extremo, arrojaron para engañar a los Galos panes de trigo por encima de los muros? Seguramente que mi hombre no conocía ni

---

(3) Los Parientes Mayores, *aide nagusiak*, caballeros propietarios de tierras, (rico-hombres), secundados por sus servidores y defendidos por sus Casas-fuertes, arrogábanse derechos de jurisdicción en pugna con las autoridades de las Juntas. Las villas se confederaron en Hermandad para la defensa de sus libertades amenazadas; más preciso es no olvidar que las legislaciones relegaron siempre al pueblo, habiendo sido dictadas por las ciudades. De ahí la tragedia. Si aquella aristocracia montaraz del Pirineo fué anárquica, preciso es reconocer también que a su influencia se debe la conservación del decoroso sentimiento de la patria, porque la montaña ha sido siempre proclamación activa de independencia noble y legítima. Dentro de sus desafueros y procedimientos reprobables, tuvieron la virtud de llevar a cabo una obra meritoria de policía general, de la que tan necesitada se hallaba la sociedad de aquellos tiempos. Este párrafo lo hemos transcrito del prólogo de nuestra novela corta titulada *El Caballero de Amézqueta*. («M. de A.»).

aun de nombre a los Romanos ni a Tito Livio. ¿Por qué prodigio se encontraba el mismo relato, y quién explicara esa difusión de fábulas y de leyendas que establecen una especie de parentesco entre los espíritus de las épocas y las razas más diversas?

El país alrededor de Butrón está completamente deshabitado. Una pequeña criada regresaba del pastizal con un par de bueyes; ante algunas palabras del amo, que no comprendí, dejó sus bueyes y se puso a caminar delante de mí. Era una niña de doce a trece años, de cabellos enmarañados, ojos ariscos, pies envueltos en trapos de lana, falda corta y piernas desnudas. Andábamos en medio de bosques y matorrales. Al cabo de una hora llegamos a la vista de la carretera y la pequeña montaraz me indicó con un gesto la dirección que debía yo tomar; después, desapareció como un dardo. Los montes se extendían ante mí uniformes de matiz y de aspecto; con todo, a medida que avanzaba parecían aplanarse; rodaba más fuerte entre sus orillas ensanchadas el río que la calzada costea y deja de vez en cuando; una brisa viva y más fresca traía olores salinos del mar. Plencia apareció. ¿Estaba yo aún en Vizcaya, al norte de la Península Ibérica, o algún encanto mágico me había transportado de pronto a pleno país de Italia, a los bordes del golfo de Nápoles? Situada sobre estrecha lengua de tierra que avanza al Océano, la villa literalmente se baña en medio del oleaje. Precisamente aquella tarde el sol en su puesta coloreaba el horizonte de bellos tintes rojos cuyo reflejo cambiante enfajaba los muelles del puerto y las aguas tranquilas de la bahía; sobre ese fondo luminoso el viejo puente de piedra, que une la villa a la orilla izquierda y franquea en nueve saltos la embocadura del río, dibujaba en negro sus arcos desiguales; el aire tenía esa claridad difusa que se encuentra en ciertas marinas de Claudio Lorrain y, para ayudar a la ilusión, a todo lo largo a la izquierda del camino, viñas dispuestas en parrales sostenidos por pilares de piedra, según moda italiana, formaban pórticos de verdor al pie de las colinas que descendían suavemente hasta el borde del agua.

A pesar de su situación, Plencia no cuenta un solo pescador y su rada misma está sin movimiento, por decirlo así, abandonada. Eso se debe a bancos de arena que se forman en la desembocadura del río y que, en mal tiempo, hacen muy peligroso el paso de la barra. No obstante tuvo hermosos días cuando su pabellón era conocido en todos los mares y que adoptó como armas parlantes un navío bogando a velas llenas; aún en 1780 no poseía menos de ciento cin-

cuenta embarcaciones comerciales que traficaban con las comarcas más lejanas del mundo. En nuestros días sostiene una escuela de marina de donde salen excelentes sujetos; es muy limpia en su interior y sus casas burguesas, la mayoría acompañadas de un jardín, le dan hasta aspecto muy agradable.

De Plencia a Bermeo no existe ningún camino sino senderos trazados por las gentes del país. Las montañas son en este sitio ásperas y áridas, cubiertas de vegetación achaparrada interrumpida aquí y allá por la mole de la roca puesta al desnudo por las lluvias; en revancha, en cada pliegue del terreno, en Lemoniz, en Baquio, en todas partes donde algún pequeño curso de agua salido de los flancos de la cadena pudo horadar su lecho para llegar al final de la playa a unirse y perderse en el mar, aparece alguna linda aldea medio oculta en una cuna de verdor. Saludad al pasar la cima de un pico agudo desmoronado por las olas, la venerada ermita de San Juan de Gastelugach, otrora fortaleza impenetrable, escalad bravamente, —es asunto de dos o tres horas—, la alta grupa del monte Machichaco, el más pelado de todos, el más arduo, desabrido como su nombre; entonces deteneos ante el espectáculo que se os ofrece y toda fatiga se olvidará muy pronto. A izquierda y derecha, separadas por el prolongamiento de la montaña, se extienden amplias y tranquilas las dos bahías de Baquio y Bermeo; la aldea no se ve, pero al pie de la cuesta se podrían contar inclinadas sobre las olas las casas de la villa, y en el fondo, en el horizonte, en el azul lechoso del cielo y el azul más mate del Océano, la flotilla pesquera como un vuelo de gaviotas, sus blancas alas desplegadas, singlando hacia alta mar.

Bermeo nació del mar y vivió siempre de él; toda su historia, su pasado, se contiene en el espacio de algunos metros, de la angosta península en el nacimiento del muelle que forman los dos brazos del puerto. De un lado se eleva la vieja iglesia de Santa Eufemia, una de las llamadas *juraderas* (2), porque el nuevo Señor de Vizcaya, a su advenimiento, tenía que jurar solemnemente el mantenimiento de los fueros; enfrente, al otro extremo, dominando toda la bahía, una torre cuadrada que, mejor que las dos hermanas gemelas de Granada, merecería el título de *bermeja* (2), tanto dejaron sobre sus piedras un color granate los siglos y los cálidos besos del sol. Perteneció a la familia del poeta Alonso de Ercilla, el cantor y héroe de la guerra de Chile, autor de *la Araucana* (2). En fin, entre la iglesia y la torre, con sus balcones de madera y sus tejados en alero,

las casas de pescadores se empujan y se aprietan como para acercarse más al mar. Me gustaba por la mañana, mientras las barcas estaban amarradas y los hombres descansaban de la dura labor de la víspera, pasear a lo largo del puerto; grandes redes se secaban colgadas de los muros de las casas, muchachos de cuatro o cinco años preparaban para sus padres el cebo que debía servir para la próxima pesca; armados cada uno de una gran piedra, había que verles apilar concienzudamente sobre los parapetos sardinas frescas hasta reducirlas a una pasta rojiza que colocaban en cubos de madera puestos al lado de ellos. Y durante ese tiempo los abuelos, aquellos a quienes la edad y sus enfermedades no permitían ya hacerse al mar, fatigados desde que apuntó el día de aquella ociosidad desacostumbrada, venían a sentarse unos tras otros al pie de la torre de Ercilla. Brazos cruzados al pecho, sin decir palabra, con la pipa de barro negro apretada entre los dientes, permanecían allí horas enteras sondeando con sus ojos el pérfido elemento al que habían disputado tantas veces su vida y cuya agitación incesante y furor desmesurado echaban no obstante de menos. Pero sobre todo al atardecer viene a ser interesante el aspecto del puerto. Todas las barcas salieron con la marea, desde los grandes barcos tripulados por dieciséis hombres hasta los pequeños botes que el padre y los dos hijos se bastan para hacer maniobrar. Hacia las siete llegan cinco o seis personas vestidas de sombrero y levita; son fabricantes de conservas y de *escabeche* (2); luego las mujeres, terminada su jornada, y los niños que salieron de la escuela. Se va a proceder a la venta del pescado. Los pescadores de Bermeo, como los de otros varios puertos de la costa, forman desde tiempo inmemorial una cofradía con su administrador a la cabeza y una junta sindical. El ejercicio de la pesca está reglamentado por cierto número de patrones elegidos' por elección; en caso de mar demasiado dura, la barca señora (2) alza un remo al aire y nadie tiene derecho después de esa señal a salir del puerto so pena de fuerte multa. El administrador de la cofradía se ocupa cada día de la venta del pescado, que tiene lugar en común por subasta pública; se deduce del producto cierta parte destinada a los fondos de reserva de la sociedad; el resto se divide entre las tripulaciones proporcionalmente a la cantidad de pescado que cada una ha aportado y al precio medio que alcanza la venta. A veces, por causa del mal tiempo tan frecuente en este mar rabioso, las barcas no pueden salir durante varios días, y los pobres marineros se verían en gran apuro si la cofradía no les

socorriera con un reparto extraordinario de dinero, llamado *reparto de misericordia* (4); para eso sirve el fondo de reserva; se provee igualmente a la subsistencia de los marinos que llegaron a viejos o enfermos así como a las viudas y niños de los que perecieron en el mar.

La venta tiene lugar en una gran sala situada detrás de la casa de la asociación, cuya fachada da al puerto; esa sala está rodeada en forma de herradura por asientos de madera dispuestos en gradas; en el fondo se ve una mesa, en medio un gran artefacto redondo representando bastante bien un calorífero, pero perforado alrededor de pequeñas casillas. En lo alto de cada casilla se esconde una bola numerada y, por un alambre que pasa bajo el suelo, se pone esa bola en comunicación con un botón de cobre colocado sobre el brazo derecho del asiento que lleva el número correspondiente. Está sólo numerada la primera fila de asientos; allí se sientan las personas que quieren tomar parte activa en la venta; el público, comprendiendo sobre todo a las mujeres de los pescadores, se amontona en las graderías superiores. Enseguida aparece el administrador, se sitúa en la mesa entre dos asesores y comienza anunciando la cantidad probable de pescado que se espera. La venta se hace al por mayor por tantas *arobas* (2) (25 libras) (5), y el precio se cuenta por *maravedís* (2) (6). «¡A 46 maravedís la merluza (2), —dice el que pregona de pie junto a la mesa—, a 45, a 44!» (7), y baja gradualmente mientras no haya comprador al precio propuesto; pero, cuando una de las personas colocadas en primera fila juzga llegado el momento, empuja con el dedo el botón de cobre del brazo derecho de su asiento, el alambre desplaza la bola y la hace caer con ruido a la pequeña casilla abierta bajo ella; el que pregona se acerca entonces y, leyendo el número, pregunta al comprador la cantidad de pescado que desea; después de lo cual continúa la venta hasta que las cifras previstas hayan sido cubiertas. Si dos o tres bolas caen a la vez, el que pregona las recoge y las cita a medida que se presentan sin que el orden que sigue se preste jamás a reclamación. Viene en seguida el turno de los demás pescados; pero la merluza es el más estimado. Como es natural, los comerciantes de marea

---

(4) Letra bastardilla. (N. del T.).

(5) Entre paréntesis. (N. del T.).

(6) Se precisan 34 maravedís para hacer un *real* (2), o sea 20 céntimos de nuestra moneda. (Nota del Autor.).

(7) Entre comillas. (N. del T.).

son los que, encargados de aprovisionar a los mercados, contestan primero y compran al más alto precio; en verdad, no necesitan más que cantidades realmente mínimas; los fabricantes de escabeche se llevan lo demás por 3.000 ó 4.000 arrobas: Gracias a la concordia y a la buena voluntad que reinan en la asistencia, la venta termina en menos de diez minutos y el administrador levanta la sesión. Entonces se va al puerto.

En el intervalo llega la noche; todo el mar está a lo lejos constelado de los mil fuegos de los faroles que brillan en la oscuridad como si un puñado de estrellas se hubieran soltado del firmamento y caído a las ondas; las primeras barcas comienzan a abordar; a medida que llegan, las mujeres, provistas de cestos de mimbre, se apresuran a descargarlas. La casa de la cofradía forma por ese lado amplio pórtico de columnas, empedrado de piedras planas, bajo el cual se han establecido enormes balanzas; ahí se coloca el pescado por montones separados. Se ocupan entonces de pesarlo, mientras un empleado toma rápidamente cifras a la claridad de una gran linterna, y se carga en cestas redondas llevadas por bueyes a través de la villa. Sin haberla visto no se podría imaginar escena tan fantástica: tumulto del desembarco, entrada de velas y redes, llamamiento de marineros, chillidos de mujeres, choque de cestas que se vuelcan, mugido de los bueyes, gritos de sus conductores y, en el fondo, enormes, deformes, la gran boca abierta, bajo la luz salvaje de la linterna que hace chispear su piel viscosa, atunes y merluzas saltando, removiéndose, agitando sus colas que golpean con ruido seco en el empedrado mojado. Esta animación se prolonga adelantado el anochecer hasta la llegada del último barco hacia media noche o la una de la madrugada; luego cada cual se retira para volver a encontrarse allí al día siguiente.

Las especies de pescado que se obtienen generalmente en Bermeo como en el resto del litoral, son la merluza, el atún y el besugo, los tres de gran tamaño; a veces ocurre en días felices que los pescadores traen 12.000 ó 15.000 arrobas. Es necesario que toda esa pesca sea enviada o trabajada durante las veinticuatro horas que siguen a su llegada, porque, sin contar con que podría corromperse, la próxima pesca causaría amontonamiento. Se dirige inmediatamente una parte hacia Madrid y las villas del interior; el resto se lleva a las fábricas de escabeche. Cada animal es allí despedazado en grandes trozos de casi tres dedos que se sumergen en enorme caldera de aceite hirviendo; cuando han permanecido así suficien-



temente hasta tomar en la superficie un bello tinte rojizo, se les retira, se les lleva al secador y, en cuanto se enfrían, se les embarrila en pequeños barriles que contienen dos arrobas; se derrama por encima una especie de salmuera, mezcla de agua y vinagre, y el todo se remite a las provincias del interior donde la gente del pueblo hace gran consumo. Cuando, a ciertas horas del día, esas inmensas cantidades de pescado pasan por las calderas, pesa sobre toda la villa un olor de aceite que atufa dejando apenas respirar. Bermeo posee también varias fábricas de conserva en cajas. La sardina y la anchoa abundan en la estación; solo que cada barca se deshace de ello por su propia cuenta y al precio que le conviene; la tripulación tiene además derecho a cierta cantidad de pescados grandes, ampliamente calculada, de que se sirve para su consumo personal y que revende a voluntad. El alimento de los habitantes se compone casi exclusivamente de pescado fresco; el del mar Cantábrico pasa por infinitamente superior al que viene del Mediterráneo; es realmente exquisito si se le consume en el lugar, de un sabor que no sospeché y que se le pediría en vano por poco que haya viajado.

En suma, Bermeo es el centro de pesca más activo de la provincia y casi toda la población masculina, más de mil hombres, está consagrada a ese ejercicio. Las mujeres trabajan en el puerto o en las fábricas de escabeche. En estas costas se casan muy jóvenes; desde los 18 años años tiene novia un marinero, hace entonces uno o dos viajes de altura para poder comprar con su salario la *ropa* (2) o, como decimos, la canastilla de boda: un poco de ropa blanca, algunas bagatelas, dos o tres muebles pobres; y en seguida entra en el matrimonio. Sabe que no llegaría a ser más rico aunque esperara diez años; la pesca tiene demasiadas alternativas, demasiados días malos para que aquel que se dedica a ella pueda hacer fortuna; se vive, eso es todo. Por otra parte, esa incertidumbre del mañana, esa lucha continua contra el peligro ha influido a la larga en el carácter del marinero; carece de cualidades de previsión y economía. Cuando por ventura tras una buena estación podría poner algo de lado, prefiere malgastar en el acto todos sus recursos remitiendo al porvenir el asegurar su suerte y la de los suyos. Los casamientos son fecundos, como en todos los pueblos marinos, y las familias son muy numerosas; en este oficio, los niños, más que una carga, son un recurso; las niñas rémiendan las redes, los niños preparan el cebo; cuando sean mayores, se embarcarán con el padre y le ayudarán en la maniobra. No hay población mas laboriosa, más sincera-

mente honrada; el juez de la villa me declaraba no haber tenido el año precedente más que un culpable que juzgar. El tipo de los habitantes del litoral es muy hermoso; es el de la raza vasca en toda su pureza, a la vez elegante y altivo. De talla por encima de la mediana, los hombres tienen el cuerpo esbelto y nervioso, cara ovalada, nariz aguileña, mirar claro, pómulos salientes, en todos los rasgos serenidad y energía singulares que se acentúan aun con la edad; pero sobre todo las mujeres me han parecido admirables. Antes que el trabajo y las fatigas de la maternidad las hayan puesto a prueba, representan el ideal de la belleza humana; todas altas, tienen también atractivos puros, caderas anchas, pecho firme y bien lleno; con ello, mejillas coloreadas, labios sonrientes, ojos dulces, de un poco de asombro, espléndidos cabellos castaños que las casadas llevan trenzados en la parte trasera de la cabeza y que las solteras dejan caer en dos largas trenzas sobre sus espaldas. A primer golpe de vista se reconocen ahí seres privilegiados, muy superiores a otras razas mezcladas o bastardeadas de la Europa occidental. En cuanto a mí, no olvidaré jamás la impresión que me causó el ver las muchachas de Bermeo regresar a sus casas hacia media noche tras la dura jornada; pierna lista y paso rápido, de ningún modo molestas por la gran cesta que pesaba sobre sus cabezas y donde se agitaban veinte grandes pescados marinos en los últimos espasmos de la agonía, caminaban una docena en la misma fila teniéndose por la mano y cantando a coro a plena voz alguna copla del país; los jóvenes las seguían y, mucho tiempo después de su paso, oía en medio del silencio de la noche sus voces frescas y rientes subir, decrecer, perderse luego poco a poco en la lejanía.

## II

Al salir de Bermeo, el camino, tallado a cornisa en el flanco de la montaña, sigue exactamente todas las sinuosidades de la orilla; de los dos lados se ordenan verjeles, campos de trigo y de maíz, pues los cultivadores de estas comarcas no son ni menos laboriosos ni menos hábiles que los pescadores, y nada es tan hermoso como ver las espigas maduras sacudidas por el viento y curvadas casi sobre las ondas poniendo una orla de oro al mantel azul del mar. Pronto se distingue el pequeño puerto de Mundaca, uno de los puntos

más antiguamente poblados en la provincia. El camino le cruza entre dos filas de casas bien edificadas y, subiendo el curso sinuoso del río, se hunde en el interior; se alcanza entonces un llano ligeramente inclinado, en el centro del cual se halla Guernica. Sin importancia como población, —cuenta apenas 600 habitantes—, esta villa no es menos la ciudad santa del Señorío; es ella la que cada dos años sirve de residencia al congreso; ella la que encierra, con el palacio de las *juntas* (2), el depósito de los archivos y la basílica de Santa María la Antigua, la más venerada de todas las iglesias *juraderas* (2); ella la que posee el palladium (8) de las libertades vascas, el roble bajo el cual desde tiempo inmemorial el señor de Vizcaya venía a jurar el mantenimiento de los fueros. Ese árbol famoso ha sido celebrado por la poesía y la elocuencia cada cual a su vez: J. J. Rousseau le bendijo, nuestros soldados republicanos pasando por Guernica le rindieron honores militares como al padre de los árboles de la libertad; ya Tirso de Molina lo había glorificado en sus versos a la faz de los monarcas austriacos; pero fué aún un Vasco, un hijo del país, quien halló para cantarlo acentos de más emoción y más conmovedores; existe un himno patriótico, *El Arbol de Guernica* (4), cuya música y letra, por un acercamiento curioso a nuestra *Marsellesa* (4), no tuvieron sino un autor. Ved a propósito de esto un extracto del discurso pronunciado el 16 de Junio de 1864 ante el senado español por don Pedro de Egaña, diputado por la provincia de Alava. (9).

Apenas entráis en la villa, os dirigís en peregrinación hacia el árbol sagrado; cualquiera se ofrecerá a conducirlos. El árbol actual cuenta unos cien años (?) de edad y descende directamente del roble primitivo (10), pues se conserva siempre al lado del antiguo uno o dos retoños destinados a reemplazarlo cuando la edad le haya hecho sucumbir. El último, caído de vejez el 2 de Febrero de 1811, existía según tradición desde mediados del XIV; bajo su sombra

---

(8) Literal. (N. del T.).

(9) Nos permitimos suprimir el referido extracto por haber sido reproducido en numerosas obras, como la de Mañé y Flaquer, etc., aparte de las ediciones especiales que se hicieron del discurso del insigne Egaña. (N. del T.).

(10) «Este es el árbol ante el cual se dice que rindieron armas los soldados de la Convención francesa cuando penetraron en Vizcaya en 1795, aunque en honor a la verdad hemos de consignar que no hemos visto en el Archivo de la Casa de Juntas comprobación documental de tal aserto». (*La Casa de Juntas de Guernica*, por D. Carmelo Echegaray). (N. del T.).

los reyes católicos, Fernando e Isabel, sentados en el banco de madera que rodeaba su base, juraron respetar los fueros. Las deliberaciones tuvieron lugar al principio al aire libre y al pie mismo del roble; de donde la fórmula con que el congreso acompaña aún a sus decisiones: *so el árbol de Guernica* (2); más tarde, que la población se acrecentó y sus delegados se hicieron más numerosos, se abandonó el llano desnudo en que se reunían, y las asambleas tuvieron lugar en la ermita de Santa María, muy antiguo santuario situado al lado. Hoy, el banco de madera ha sido reemplazado por un asiento de piedra; la iglesia, reedificada hacia 1830, se encuentra enclavada en amplio edificio de estilo neo-greco aún incompleto y destinado a proveer habitaciones de trabajo a los diputados y locales para los archivos. El interior de la iglesia, que sirve igualmente de sala de juntas, está adornado con una colección de retratos de todos los señores de Vizcaya en ejercicio de sus funciones, antes de la incorporación de la provincia a la corona de Castilla. Se me ha hecho ver el depósito de los archivos, tan precioso para la historia del Señorío; los carlistas, durante su residencia, no le hicieron ningún daño; hasta enviaron para completarlo diarios, folletos y otros papeles públicos provenientes de su administración; todos esos documentos yacían en montones, mezclados, en una sala de abajo, pues no tuvieron ellos mismos tiempo para clasificarlos.

No hay nada que decir de la villa misma; todo lo más, se distingue una gran plaza cuadrada, una vieja iglesia gótica, algunas casas nobles adornadas en el exterior con grotescas pinturas al fresco en el gusto del siglo último. Para atraer más riqueza y animación, se habla de hacer de ella un puerto de mar; la empresa no tiene nada de imposible, puesto que los barcos venían antaño a amarrarse en las mismas casas de la orilla, y la marea se hace aún sentir hasta Guernica; pero haría falta mucho dinero. Esperando a ello, los habitantes disfrutaban del suelo más fértil y del clima más suave; una montaña en punta, encima de la villa, está tapizada de arriba abajo de jardines y verjeles. Además, toda esa orilla derecha es aún mas encantadora que la otra; a mitad de camino se alza en medio de un parque inglés el bonito solar de Arteaga, propiedad de los Montijo, cuyo torreón almenado se distingue desde varias leguas a la redonda. El 17 de Julio de 1856, en la asamblea general celebrada bajo el árbol de Guernica, los representantes del país decidieron que había lugar a declarar Vizcaíno de origen al príncipe imperial de los Franceses, Luis-Napoleón, como descendiente directo por su

madre de las dos casas de Arteaga y de Montalbán. El emperador acogió con mucha benevolencia a los diputados encargados de traerle el decreto; la misma emperatriz, lisonjeada por esa atención, quiso hacer reconstruir el castillo de Arteaga. Un joven arquitecto de gran mérito, M. Couvreicher, fué enviado al lugar para dirigir las obras; pero, atacado de fiebres malignas como consecuencia de una excursión a los bordes pantanosos del río, falleció antes de haber visto enteramente terminada su obra. Otro francés, M. Ancelet, puso la última mano, no sin modificar algo el plano primitivo. Se han utilizado todo lo posible los restos de la antigua construcción. Ahora es una linda fortaleza del siglo XIII, rejuvenecida con todo el rebuscamiento del renacimiento, acomodada a las exigencias del confort moderno. Un primer recinto rectangular la rodea, flanqueado de torres según el uso; el torreón, igualmente cuadrado, está alzado de tres pisos y terminado por plataforma que domina a una linda torrecilla; dos grandes ojivas llenas, partiendo de la base, suben de cada lado hasta la cornisa superior coronada de almenas y, en su anchura, se abren en tres filas ventanas ojivales que ocupan el lugar de las antiguas troneras; el jaspe, rojo de que están encuadradas las aberturas, resalta agradablemente sobre el mármol gris del resto del edificio. En el interior, la escalera monumental, los entarimados de ebanistería, los cielos rasos esculpidos, responden a la magnificencia y a las bellezas de fuera. No obstante, el castillo no ha estado nunca amueblado ni habitado; se esperaba la venida de la emperatriz, que prometió visitarlo; ese proyecto no ha tenido consecuencias. Ahora permanece confiado a la guardia de una dama francesa que reside en un pequeño pabellón vecino. Sea como fuere, aún ausente, se encuentra en todas partes la mano generosa de la castellana; no hay en todo el país una aldea mejor cuidada que Arteaga, ni cuyas casas respiren un tal aire de comodidad y bienestar.

La última parte de la etapa antes de alcanzar el mar es aún más pintoresca y más accidentada. Caminando percibí bajo un ramillete de bosque, al borde de una fuente, cinco o seis muchachas detenidas un momento para tomar aliento. Me llamaron riéndose; se dirigían a Ea, pequeño puerto situado entre Elanchove y Lequeitio, y marchamos juntos. Supe entonces que regresaban de la fiesta o *romería* (2) de Zornoza. Salidas de Ea la víspera, mucho antes de la aurora, habían hecho a pie de un solo tirón las diez leguas que separan Zornoza de la costa; terminadas sus compras, bailaron durante toda la tarde, durante toda la noche, y luego al amanecer

habían vuelto a tomar valientemente el camino de la aldea donde debían llegar hacia las once para ponerse a trabajar como de costumbre. Por lo demás no parecían de ningún modo cansadas, hablando, cantando, tan vivas y tan alertas como a la salida. No ocurría lo mismo con dos borriquillos que habían llevado consigo para cargar una parte de las provisiones; los desgraciados animales, agotados, no podían apenas remover las patas. Fué preciso bastante antes de Arteaga librarles de su carga, que se repartieron amigablemente; se les puso una cuerda alrededor del cuello y así se les arrastraba alternándose, ¡y las mozas tan locas de risa! Altas, esbeltas, de belleza escultural, sobre la cabeza ancha cesta de mimbre, cuyo brazo desnudo aseguraba el equilibrio, garganta firme y llena, tendida por el esfuerzo, parecían un coro destacado de alguna tragedia antigua y recordaban a mi memoria aquellas canéforas atenienses cuyas elegancia y gracia inmortalizó sobre el Partenón el cincel de Fidias.

Llegados al punto en que la ruta bifurca, cambiamos un adiós y, mientras ellas siguieron hacia Ea, tomé por la izquierda hacia Elanchove. Si hay en el mundo un villorrio curioso, extraño, extravagante de aspecto y de situación, lo es aquel donde llegué al cabo de un cuarto de hora. Adherido al flanco de una montaña a pico de 600 metros de altura, con su única calle tortuosa, más tieso que una escala, empedrado de nuevo estilo, en que trozos de roca se espacian a manera de peldaños, bajando sus casas rajadas, como rodando, de modo que los pies de la una pesan sobre el techo de la otra, parece siempre a punto de caerse al abismo. No hay que hablar de limpieza; la loca disposición de los retretes haría inútil las prescripciones más elementales de la policía urbana; no se limpia la calle sino los días de lluvia, pero entonces se convierte en cauce de un torrente terrible, y mal lo pasaría quien quisiera aventurarse fuera. En todo el aire fluctúan esos olores tan particulares en que el olor del pescado fresco se alía con los vapores del aceite que sirve para freir el escabeche. El puerto pequeño, pero cómodo, construído en 1783, obtiene toda su importancia de la pesca y de las industrias que se relacionan con ella. Subí penosamente la larga calle de la aldea cuando noté a mi paso junto a una puerta cierta vieja completamente encorvada que pedía limosna; los mendigos originarios del mismo país son muy raros en las provincias, porque todo el mundo trabaja y cada municipalidad ayuda a sus desgraciados. Acudió una encantadora muchacha de labios rientes; la ví sacar

de su bolsillo una pequeña moneda de cobre, besarla y entregársela a la vieja; ésta tomó la limosna, hizo primero con ella devotamente la señal de la cruz, luego la besó a su vez. Tal es la costumbre del país vasco y, ¿no parece hacer a la caridad aún más emocionante?

Para llegar a Lequeitio, dejando a la izquierda el pequeño puerto de Ea, se corta por los montes, la mayoría cubiertos de bosque; no se percibe el mar sino por instantes, al extremo de valles angostos que surcan la cordillera. El nombre de Lequeitio es desde hace mucho famoso en los anales marítimos de Vizcaya. De allí salieron aquellos valientes marinos que con los hijos de Ondárroa, Bermeo, Plencia, Portugalete, osaron los primeros sobre sus frágiles navíos atacar cuerpo a cuerpo a la enorme ballena; luego, cuando el monstruo de los mares expulsado de la costa cantábrica subió hacia el norte, lanzados en su persecución visitaron sucesivamente Escocia, Noruega, Groenlandia, y tocaron en tierras hasta entonces desconocidas para los demás pueblos de Europa (11). Hasta mediados del XVII se mataron ballenas en aguas vecinas de Lequeitio; así lo atestiguan muy curiosos documentos conservados en los archivos de la villa; también muestra en sus armas, como Bermeo, una chalupa con remos lanzando el arpón sobre una ballena (12). Pero la pesca no bastaba a ocupar el ardor de aquellos valientes; los marinos de Vizcaya tomaron parte en todos los viajes de descubrimientos realizados en las Indias occidentales o sobre las costas de Guinea; sus embarcaciones de comercio les ponían en relación con todos los puertos del Mediterráneo, del Océano Atlántico, de la Mancha, del Mar del Norte; existía desde larga fecha en Cádiz una asociación de pilotos originarios del Señorío. Al mismo tiempo ayudaban poderosamente a los reyes de Castilla en todas sus empresas marítimas.

Los marinos de Lequeitio no han degenerado de sus abuelos; no persiguen ya a la ballena, hoy casi desaparecida, pero atunes, merluzas, sardinas y anchoas, pescados grandes y pequeños, les

---

(11) Véase la revista *Euskaleriaren Alde*, número de julio 1921. (N. del T.).

(12) En los blasones respectivos de armas, ostentaban la nave las villas de Portugalete, Plencia, Orio y San Sebastián; barca y ballena, las de Ondárroa y Zumaya; Fuenterrabia, un navío con ballena aferrada en su costado; Lequeitio y Bermeo, una chalupa sujetando a uno de esos cetáceos; Guetaria y Motrico, un bote bogando tras una de las mismas. Biarritz muestra en sus sellos ballena perseguida por esquife de pescadores; el escudo de Bayona representa un barco ballenero; las armas de San Juan de Luz llevan una nao con las velas desplegadas, y al escudo de Ziburu va adherida un ancla. (N. del T.).

pagan cada año enorme tributo. No se hallan dispersados en el resto del pueblo como en Bermeo; forman barrio aparte y —debo decirlo— bastante sucio. Ese barrio confina, como es natural, con el puerto, que es pequeño y casi seco en marea baja; por el contrario, el agua que asciende acude a lamer los muros de las casas, algunas de las cuales se abren en arcos para recibirla. Los muelles sufrieron mucho del bombardeo; sabido es que durante la guerra, para reprimir los desmanes del partido carlista, el gobierno de Madrid no imaginó nada mejor que hacer bombardear con sus cañones todos los puertos de la costa que ocupaba el enemigo. ¿Ignoraba que si las poblaciones del interior le eran opuestas, en las villas marítimas, donde los hombres recorren temprano el mundo y se instruyen viajando, las ideas nuevas se estiman sobre todo? En Lequeitio todo el efecto de la medida gubernamental recayó sobre los liberales. La vieja iglesia parroquial, situada a la orilla de la playa, estuvo comprometida un momento; por su posición pintoresca a la vista del mar cuya arena se amontona a sus pies, por la audacia de sus pilares, la delicadeza de sus ojivas, la elegancia de su ábside enriquecido al exterior de finas molduras góticas, es quizás en este género el monumento más curioso del Señorío.

Pero el principal atractivo del pueblo está también en sus alrededores, donde los campos se ven floridos como jardines y los jardines como invernaderos. Gracias a la corriente de Méjico, una de cuyas ramas irrumpe hacia el este y hace sentir su influencia en el golfo de Vizcaya, toda esta parte de la costa disfruta de una temperatura excepcionalmente igual y suave; no hiela nunca; olivos, granados, naranjos, limoneros, todos los árboles del mediodía pueden brotar al aire libre. La vid fué también una de las grandes riquezas de la comarca, pero desde hace más de quince años el oidium venido de Francia ha caído sobre ella con violencia inusitada y hecho perder casi enteramente la cosecha; hasta ha habido que arrancar en muchos sitios las cepas, renunciar al cultivo, y nada es tan desconsolador como ver en la campiña erguirse blancos y despojados los pilares de piedra de que se sirven para sostener los parrales. Por un hecho extraño, únicamente han perecido las cepas blancas, habiendo resistido las otras. El vino que se obtiene, llamado *chacolí* (2), es muy estimado por los indígenas; si se les cree, posee virtualmente todos los méritos, y recuerdo haber leído que bastarían algunos ingredientes, por ejemplo un poco de azúcar y buenos corchos, para obtener de él un champán excelente; eso es poner en ello mucha buena



voluntad. Así como es, el chacolí es un vinito un poco agrio, refrescante y de gusto bastante agradable; no se conserva más de un año; es verdad que ganaría si estuviera más cuidado. Antaño no se bebía en Vizcaya más que sidra, y cada cultivador mantenía con ese fin número considerable de manzanos; si el oidium continúa sus estragos, sera forzoso volver a la sidra; solamente los ricos pueden comprar vino de la Rioja.

Dos horas de marcha por el borde del mar nos conducen a Ondárroa, última localidad de Vizcaya en la costa. Ahí hallamos también una población de hábiles pescadores y valientes marinos; al remo, los de Ondárroa no tienen quien les desafíe y, durante el peor tiempo, cuando los mismos patrones de Lequeitio no se atreven a dejar la rada, salen valerosamente a la pesca del *bonito* (2). Ondárroa mantenía otrora comercio bastante considerable con las costas del Mediterráneo, de Portugal e Inglaterra, y sus astilleros de construcciones navales eran de los más famosos; pero el rápido desarrollo de Bilbao la ha perjudicado; además, su barra se ha hecho impracticable, en marea baja. Edificada sobre un pliegue de peña, al fondo de un embudo formado por altos montes, a sus pies y en primer plano la iglesia sostenida por un grupo de arcos de efecto inesperado y protegida contra el alcance del flujo, ve como la labor del mar va obstruyendo poco a poco su puerto y haciendole recular a la ribera. No obstante, todo no se ha perdido para ella. Desde hace algunos años buen número de familias ricas de Madrid y del interior tomaron la costumbre de pasar el verano en las provincias del norte, en Bermeo, Mundaca, Lequeitio, Zarauz, San Sebastián; acuden buscando aire puro y sano, motivo de excursiones variadas, mar abundante en pescado, baños de playas seguras y cómodas. Interrumpida un momento por acontecimientos políticos, esa migración de turistas se ha reanudado del todo en la última estación y no se detendrá más. Es ahí donde Ondárroa debe buscar fuente de nueva prosperidad. Un poco al sur de la villa, en un hundimiento de la ribera y protegida a los dos lados por el avance de dos puntas de peñascos cuyos bloques sueltos forman como una barrera natural, se extiende la playa de Saturrarán, ancha, espaciosa, suavemente inclinada y tapizada de arena fina; el mar no se retira jamás de ella, unido como el agua de una bañera, y las olas perezosas parecen no haber guardado de su agitación primitiva sino la fuerza precisa para expulsarse una a otra, manifestarse y morir. Hace unos diez años que el lugar estaba desierto. Un amigo de la naturaleza, un

poeta, Antonio de Trueba, el autor del *Libro de los Cantares* (4) pasó por allí; le agradó el lugar de aspecto a la vez salvaje y apacible, esas rocas grises, esas ondas azules y esa arena de un blanco tan puro; habló de él en uno de sus libros. Hoy ha surgido como por milagro en el medio hermoso de la concha un magnífico establecimiento, primer núcleo de la futura villa de baños. ¿Quién hubiera dicho entonces que desde Orfeo los poetas perdieron el divino privilegio de hacer morir a su albedrío piedras y bosques?

Había alcanzado los límites extremos del Señorío y pensaba en volver sobre mis pasos; después de haber recorrido la costa, deseaba ver las campiñas del interior; después de haber estudiado las costumbres de los marineros, quería vivir algunos días la existencia de los campesinos. Resolví, pues, oblicuando al este, volver a ganar cerca de Elorrio el camino de Villarreal para entrar luego en Bilbao casi en línea recta por Durango y Zornoza. El camino era largo, pero sin peligro; después de una guerra civil que ha durado más de tres años, el país estaba tan seguro, tan tranquilo como si la paz no hubiera sido jamás turbada. Sinceramente, sencillamente, en cuanto terminaron las hostilidades, estas buenas gentes dejaron el fusil y volvieron a tomar la *laya* (2), su género de vida pasada. Así es que iba yo solo, sin grandes precauciones, confiándome al azar para encontrar un albergue a cada noche. Sentía un áspero placer en salir de madrugada a través de bosques que derramaban sobre mí sus lágrimas de rocío, feliz del profundo silencio en que aún dormía la naturaleza, respirando a plenos pulmones el aire puro y vivo de la montaña. Pronto el sol, reventando las nubes, desparramó su luz de oro sobre el campo maravillado, y de todos sus árboles, de los huecos de las breñas, bajo las piedras y espesuras de las hierbas, salía el concierto del pjar, gritos, bordoneos, murmullos, ruidos de insectos y cantos de aves. Seguía un camino bajo sus rayos cada vez más ardientes, dejando tras mí cañadas y ribazos, campos y sotos; luego, cuando llegaba la hora de comer, entraba sin llamar en alguna pobre choza establecida en el fondo de una cañada, me sentaba en un banco de madera, ante mesa hecha con dos tablas de castaño, y allí compartía con el cultivador y su familia la modesta comida; el pan de maíz o *borona* (2), al salir del horno, amarillo como el oro, alubias o legumbres cocidas en agua, una sardina y un puñado de nueces. A veces encontré en ruta algún mozo del país que se dirigía a un pueblo vecino; caminábamos juntos, y esos días, con el acicate del amor propio, como los Vascos con sus alpar-

gatas se vanaglorían de ser los primeros andarines del mundo y que yo no quería quedar mal, doblábamos bravamente la etapa. Mis compañeros, como es natural, sirvieron todos en las tropas de don Carlos; durante tres años, de norte a sur y de este a oeste, no hicieron sino medir el país y conocían el terreno hasta en sus menores particularidades. En Vizcaya, en lossitios donde brota una buena fuente es costumbre conservar una hoja de castaño o de nogal que recibe el delgado hilo de agua y lo derrama en gotera; asegurando por ese indicio, el viajero se detiene algunos instantes para refrescarse, después continua su camino, pero teniendo buen cuidado de no desarreglar la hoja. Y mientras bañábamos con la mano nuestras frentes quemadas por el sol, aparecía en una revuelta del camino, rodando lentamente tras sus pequeños bueyes rojizos, uno de esos carros vascos de ruedas macizas y sin radios, tallados en una sola pieza del tronco de un árbol; desde hacía ya tiempo nos llegaba del fondo del valle el rechinamiento del eje con modulaciones múltiples y extrañas, tan pronto punteado como la sierra que se aguza, tan pronto rezagado como una puerta que llora, a veces ronco como el juramento. Ese ruido tiene su utilidad, pues sirve de aviso en los senderos estrechos de las montañas. Además, por desagradable que parezca a los profanos, la gente del país halla en él un atractivo particular; los conductores ponen su amor propio en que los carros *canten* (4) bien, como dicen; para mí, aunque extranjero, declaro que esa extraña melopea tenía gracia y me gustaba escuchar en las proximidades del atardecer, en la calma de las largas tardes de verano, el frotamiento de los ejes cuya queja eterna acompañaba a mi marcha,

La mayor parte de las tierras están en Vizcaya trabajadas y explotadas por colonos, pero puede decirse que les pertenecen tanto como al mismo propietario; en efecto, la familia del colono se perpetúa en la granja de padre a hijo con el mismo derecho que la familia del dueño en la propiedad, y no hay ejemplo de que por capricho o interés haya éste jamás pensado en reivindicar la plenitud de su derecho; aún más, cuando el cultivador casa una hija única, se conviene en que el yerno tomará en la casa la sucesión del suegro, lo que forma parte de la dote. Asimismo, el campesino da sin regatear todo su sudor a la tierra y se interesa en ella como si fuera propia; al mismo tiempo, se acostumbra a ver en su patrón a un protector, consejero y amigo. En ninguna parte he comprendido mejor que en Marquina hasta donde va esa inteligencia tan

rara entre el rico y el pobre y cuan grande es la generosidad del uno, la obediencia y adhesión del otro. Sobrino y heredero del conde de Peñafloreda, en esa bonita propiedad de Munibe cuya morada señorial con amplio escudo velado de negro recuerda la reciente pérdida del hombre tan ilustrado como bienhechor que la dejó para siempre, don Jose Antonio de Gortazar se ha consagrado a continuar las tradiciones de su ilustre familia. Joven, rico, rodeado de hijos encantadores, adorado de los suyos, no precisa mandar para ser obedecido; nadie esta más dispuesto que él a despremiar su fortuna o su rango, pero no hay quien le iguale como dueño de todas las voluntades, de todas las adhesiones; es el gobierno consentido de los humildes por el más fuerte y mejor. El mismo, con entera amabilidad, me proveía de todos los detalles acerca de la disciplina patriarcal tan alejada de las costumbres de nuestra sociedad impaciente y turbada. «Aquí, —me decía—, en Munibe, no hay memoria de que se hayan aumentado las rentas; el labrador paga hoy la misma cantidad que pagaba su bisabuelo hará pronto cien años; es que nuestros labriegos no son unos extraños para nosotros, sino más bien miembros de la familia aumentada; nos interesamos en su felicidad, en su bienestar; consideraríamos una mala acción el aprovecharse de su trabajo. En todo caso, nuestro cálculo no es tan malo como parece; lo que perdemos en dinero al contado, nos es devuelto en reconocimiento y afección. Y no crean que nuestra conducta es una excepción; sin salir de Marquina, quisiera enseñaros veinte casas en que el dueño entiende como yo la administración de sus bienes. Sin embargo, en Madrid, en las cámaras, en la prensa, en los cafés, nos acusan de pesar sobre el pueblo, se nos trata de *señores feudales* (4). ¿No saben quienes hablan de ese modo que Vizcaya es el país más democrático del mundo? ¿Ignoran que la libertad es fundamento de nuestras leyes? ¿Olvidaron que aquí el pastor o el cultivador tiene derecho como otro cualquiera a sus cuarteles de nobleza y que en revancha los más altos varones no desdeñaron nunca el trabajo ni hacer producir a sus bienes? En un bosquecillo de nogales y castaños, una torre con escudo de armas esculpido sobre la puerta, una herrería y un molino junto al arroyo, he ahí lo que era el tipo de las principales casas del país; y esa herrería, ese molino, explotados por el dueño en persona, le proveían de la mayor parte de su renta; no era sino el primero de sus obreros y no temía presentarse con las manos enrojecidas por el mineral de hierro o negras del carbón. Desde la última guerra civil, muertas

por los altos hornos extranjeros, esas pequeñas ferrerías se han apagado una a una y no dejaron sino ruinas desiertas, derrumbándose en todos los arroyos. ¡Pero si quisiéramos afrontar la competencia, —y la cosa nos es fácil gracias a los inagotables recursos de nuestro suelo—, si supiéramos aplicar a nuestro uso los numerosos perfeccionamientos de la industria moderna, entonces volveríamos a tomar, no sin fruto y Dios mediante, nuestro buen oficio viejo de mineros y ferrones! (13). ¡Confesad, no obstante, —añadió don José con fina sonrisa—, que para ser unos *señores feudales* serían muy vulgares las aspiraciones y muy mezquinos los sentimientos que así le estoy descubriendo!» (7).

Todas estas villas del interior, Marquina, Elorrio, Durango, tienen entre ellas un aire de afinidad. Edificadas poco más o menos en la misma época y en iguales circunstancias, destinadas a proveer refugio a los agricultores contra violencias y depredaciones de vecinos demasiado poderosos, han guardado mucho de su fisonomía medieval. Véanse siempre esas cuatro o cinco calles cortándose exactamente en ángulos rectos, esas antiguas puertas desprovistas de obstáculos, esos anchos muros perforados en ventanas y transformados en habitaciones, que son como la transición entre el nido de golondrina y la morada del hombre, esas casas pesantes y cuadradas, verdaderas fortalezas cuya piedras llevan aún la traza del incendio que las lamió tantas veces, y también siempre esa población sana, fuerte, ardiente en el trabajo y en el placer, esos muchachos de trazos vigorosos, esas lindas mozas de trenzas largas; siempre esos campos regados con aguas corrientes, esos largos valles verdeguantes donde los maizales alternan con pastizales y bosques; después, aquí y allá, tristes y solitarios, antiguos solares de nombres sonoros, de leyendas curiosas. Tal es, en el territorio de Abadiano, en llano fértil, esa torre de Muncharaz que tuvo antaño por castellana a una hija de rey, la infanta de Navarra doña Urraca, esposa del muy gentilhombre Pedro Ruiz de Muncharaz; la puerta es de corazón de roble recubierto de chapa de hierro reforzada con gruesos clavos y barras del mismo metal, y encima, sobre escudo de piedra se lee la fiera divisa: *Aquí biben y bibieron, con la honra y fama que tubieron* (2). Las salas de lo alto, sostenidas por vigas colosales, las estrechas ventanas establecidas en el espesor de los muros, merecen también la atención; pero nada de eso vale tanto

---

(13) Véase la revista *Euskaleriaren Alde*, número de marzo 1930. (N. del T.).

como la sombría torre de Echeburu. Posada como el nido de un ave de rapiña, esa fortaleza ocupa, no lejos de Durango, en el hueco de estrecha garganta, la punta de una peña aislada que se abre bajo ella a manera de caverna; su origen se debería a los Romanos; los Godos de Ataulfo la destruyeron; vuelta a alzar y demolida de nuevo, data en su forma actual de fines del siglo xv, y su negra silueta se destaca admirablemente sobre el fondo blanquecino de las peñas que la rodean. La hiedra, las zarzas, la dulcamara, todas las plantas parásitas han tapizado uno de sus lados y trepado hasta la techumbre. Cuando pasé por allí, un hombre armado de una maza de hierro se ocupaba en arrancar enormes bloques de la peña hueca sobre la cual está edificada la torre, y los partía después en pequeños pedazos. Esa peña es efectivamente de naturaleza calcárea y produce a todos los vecinos una cal excelente; me ha parecido ya muy lastimada, porque esa explotación asciende a muchos años y se puede prever el día en que cederá completamente arrastrando tras sí los cimientos del histórico castillo que desde hace casi veinte siglos está de guardia en su cima.

### III

Tras tantas viejas villas, cubiertas todas con el polvo del pasado, fui feliz al volver a hallar en Bilbao una ciudad verdaderamente moderna por su aspecto, por su animación, por sus edificios. Aunque fundada también ella hacia fines del siglo xiii, sufrió una serie de transformaciones que han modificado completamente su carácter primitivo y, salvo el viejo puente de piedra con tres arcos desiguales y la vecina iglesia de San Antonio Abad que juntos forman las armas de la ciudad, o también la basílica gótica de Santiago que existía antes que aquella, sería difícil realzar un monumento de algún valor. De todos modos Bilbao puede abstenerse de él. Sus calles nítidas y bien trazadas, pavimentadas con piedras, forman abanico y llenan todo el espacio comprendido por la curva que sigue la orilla derecha del Nervión. Esta feliz disposición la pone por todos lados en contacto con el río que es navegable hasta el Puente Viejo, es decir hasta la extremidad meridional de la ciudad. El pueblo propiamente dicho se extiende de ese punto al muelle de Portugalete, sobre un largo de más de 11 kilómetros; muy temprano, había ya

adquirido considerable importancia y se hicieron grandes trabajos para mejorarlo. Al principio, en el siglo XVI, se construyó un sistema de diques a expetisas de la *casa de contratación* (2) o cámara de comercio de Bilbao. Más tarde, en 1712, se puso en ejecución el gigantesco y costoso proyecto de canalización del curso del Nervión. Desgraciadamente, los trabajos no han sido continuados desde entonces con método y la energía necesaria. El paso se va obstruyendo cada día y los navíos de gran tonelaje quedan obligados a detenerse delante de Portugalete. No obstante, el puerto está muy animado; en 1872 la cifra de navíos, tanto nacionales como extranjeros, fué de 2.419 a la entrada y de 2.369 a la salida; por su parte, Bilbao, con una población que no llega a 20.000 almas, cuenta casi 900 embarcaciones inscritas, sin hablar de barcas menores. Los muelles, orillados por magníficas alamedas de árboles que se extienden a pérdida de vista, están amontonados de toneles, sacos y fardos. Para conducir las mercancías se sirve comúnmente la gente del país de una especie de trineo arrastrado por un par de bueyes y compuesto de dos maderos paralelos unidos por cortas traviesas; se le llama *narria* (2); pero, como el frotamiento de la madera sobre el empedrado correría peligro de encenderlo, un barrilito, colocado en la parte delantera del artefacto, deja caer gota a gota el agua de que está lleno y que sin cesar humedece los maderos. Las mujeres, también ellas, toman parte en el trabajo del puerto y parece que hasta los más duros les están reservados; unas, en grandes cestos, transportan el carbón o el mineral; otras, tocadas de amplio sombrero de paja y gruesa cuerda ceñida a los riñones, remolcan penosamente los barcos. Hacia el anochecer, a medida que se apacigua el movimiento del puerto, comienza una agitación de nuevo género; los paseos vecinos, sobre todo el del Arenal, tan sombreado y amplio, se ven literalmente invadidos por grupos bulliciosos de niñas y niños. ¡Cuántos niños! No recuerdo haber nunca visto tantos. En ciertas provincias del interior, en Toledo por ejemplo, la vieja ciudad imperial, salvaje amontonamiento de escombros, de donde la vida parece proscrita para siempre, busqué en vano esta alegría que la salida de las escuelas derrama por calles y paseos; las familias son estériles, las casas están sin niños. Aquí, por el contrario, fecundidad, exuberancia de savia que os echa a los pies una bandada de diablillos frescos y sonrosados, pequeño mundo que grita, corre, salta, se persigue, cae y se levanta; se forman corros y se organizan partidos de pelota a lo ojos de sus padres, dichosos de esa alegría.

En razón misma de su posición en el centro de una pequeña planicie dominada en tres lados por altos montes, Bilbao se encuentra siempre expuesta en tiempo de guerra. Desde el mes de junio 1835 hasta el de diciembre 1836, sitiada en tres ocasiones por los ejércitos del pretendiente Carlos V, rechazó todos los ataques con heroísmo que le valió del gobierno de la reina Isabel el título de *muy noble, muy leal e invencible villa* (4). En nuestros días, los carlistas hubieran ganado con su posesión, al mismo tiempo que una capital de primer orden y sólida base de operaciones, una garantía llegada a ser necesaria para sus empréstitos en el extranjero. El 29 diciembre de 1873 se supo en Bilbao que el paso del río acababa de ser cortado a cierta distancia con las cadenas de un cable aéreo que poco antes sirvió para transporte de mineral; hacía ya varios meses que la circulación estaba interrumpida sobre la vía férrea. Sin pérdida de tiempo, los carlistas abrieron fuego muy vivo sobre Portugalete que, cortado él mismo en sus comunicaciones por mar, tuvo que capitular; dos destacamentos de tropas, apostados en observación entre Portugalete y Bilbao, tuvieron la misma suerte. El sitio iba a comenzar seriamente. Las fortificaciones, puestas en estado de tales desde principios de verano, consistían en tres fuertes destacados y ocho baterías; todas estas obras estaban por desgracia demasiado próximas a la plaza; la guarnición se componía de dos regimientos de línea y de pequeño número de soldados de las demás armas, mas 400 hombres escogidos de guardia foral; los burgueses de la villa formaron un batallón de milicia que, como sucede en semejantes casos, no tardó en representar el más importante papel en la defensa. Además, toda la población, consagrada desde larga fecha a las ideas liberales, estaba decidida a una enérgica resistencia. La primera tentativa hecha por Moriones para levantar el bloqueo de la plaza por el lado del mar había fracasado miserablemente. Durante ese tiempo los carlistas alzaban encima de la ciudad sus baterías de bombardeo. Sus principales jefes eran Andechaga y el marqués de Valdespina; uno, anciano convencido, austero, veterano de la antigua guerra, que llegó a ser despiadado con la edad, el otro, muy conocido en Bilbao, donde residió mucho tiempo, también honrado, enérgico, pero débil y uniendo a su sordera, que llegó a ser legendaria, una deplorable exaltación de espíritu. El bombardeo comenzó el 21 de febrero y continuó durante cerca de mes y medio con extremo vigor. No contentos con acribillar la ciudad con bombas y obuses, los sitiadores mantenían alrededor de ella una fusilería



ininterrumpida. Los liberales respondían lo mejor que podían; supieron sucesivamente de la misma boca de sus adversarios que Moriones, que acudió de nuevo, había sido detenido el 25 de febrero en San Pedro Abanto (8), y luego que un mes después, día por día, en ese mismo valle de Somorrostro, el mariscal Serrano, a su vez, había sufrido un descalabro; las provisiones se agotaban, se habían quedado reducidas a pan de habas y carne de caballo; iban a faltar los mismos cartuchos. Fué entonces cuando un mensajero de fuera, burlando la vigilancia del sitiador, consiguió introducirse en la plaza; traía el anuncio de próximo rescate, y en efecto el mariscal Concha, con un ejército de 20.000 hombres, compuesto en gran parte de guardias civiles y carabineros, se preparaba por Valmaseda a tomar por la espalda la izquierda de los enemigos, mientras que Serrano inmovilizaba su centro y su derecha. La operación tuvo éxito casi sin combate y para no verse cortados en su línea de retirada, durante la noche del 1.º de mayo, después de haber hecho fuego con todas sus baterías hasta el último momento, los carlistas decidieron levantar el sitio. El mismo día los dos generales libertadores hicieron su entrada en la ciudad; ese triunfo coincidía con una de las fiestas nacionales más populares en España, la del Dos de mayo (2); el entusiasmo fué inmenso en el país.

Conocí en Bilbao a uno de los hombres más distinguidos e instruídos de la ciudad. Impresor de profesión, don Juan Delmas había comprendido su misión a la manera de los grandes trabajadores del siglo XVI, los Alde, los Estienne. Tenía locura por las antigüedades, amigo de todas las artes, muy curioso sobre todo de las cosas de su país, respecto al cual había reunido documentos preciosos que se proponía poner en obra. Hasta había publicado ya una *Guía pintoresca de Vizcaya* (2), interesante obra y muy bien escrita. Después de treinta años de perseverancia y esfuerzos, hecha su fortuna, iba a retirarse de los negocios cuando la guerra civil vino a derribar el edificio laboriosamente levantado durante toda su vida. Desde el primer día, me testimonió una confianza de la que no sabría estarle demasiado agradecido, y como le preguntara, «Es historia dolorosa la que me pedís», me dijo, vacilando en arriesgarse por la pendiente de sus recuerdos. «He vivido en París durante mi juventud; seguí los cursos de la Sorbonne, precisamente con Valdespina, de poca más edad que yo; los dos éramos oyentes asiduos de M. Villemain; al mismo tiempo estudiaba yo en los talleres de vuestros mas conocidos pintores. Mas tarde viajé mucho por mis negocios y visité la

mayor parte de Europa, pero siempre fiel a las bellas artes y al amor del suelo natal; así pude reunir, principalmente en Flandes, además de una colección completa de obras de los maestros de la escuela española, una multitud de libros y objetos interesantes para la historia de España o del País Vasco. Con eso, mi comercio prosperaba y la edad y la fortuna me llegaron juntas; resolví construir un castillo (8), ¿debe decirse que para mí? Yo mismo dibujé el plano; todas mis colecciones hallaron lugar en salas dispuestas, adornadas, especialmente claras. Aquí alhajas y medallas, allí acuarelas y dibujos, más lejos más cuadros. ¡Cuántos museos hubieran hecho triste papel junto al mío!; pero la biblioteca era mi joya más hermosa; imaginaos 6.000 tomos, todos raros y largamente buscados; a más de eso 142 incunables; los *Decrétales de Venise* (2) con fecha de 1477, salidos de las prensas de Jenson; las 53 *crónicas de España* (4), impresas en letras góticas a dos colores por Juan del Canto en Medina del Campo por encargo de la gran Isabel; el *Muy feliz viaje del rey Felipe II en tierras bajas de Alemania* (4) por el padre Estrella; el relato de la expedición de Elcano por uno de sus compañeros, obra escrita en español en La Rochelle en 1507 (8) (14). ¡Cuántos otros!..... Luego gran número de manuscritos inéditos: el *Libro* (4) de Lope García de Salazar, la *Crónica de Guipúzcoa* (4) por el bachiller Zaldivia..... Mi sueño era retirarme definitivamente del comercio e ir a publicar más de treinta tomos de documentos curiosos acerca del Señorío con notas de mi mano en las que había trabajado durante toda mi vida; hubiera sido mi obra, homenaje rendido a mis conciudadanos al mismo tiempo que señal durable de mi paso por aquí abajo. Mientras tanto, era feliz y no conocía más que amigos; había algunas pequeñas discusiones entre anticuarios acerca de algún punto dudoso de historia, sobre alguna etimología, referente a alguna palabra, ¡pero ello cortésmente y siempre a la mayor gloria de la nacionalidad euskariana!

«El marqués de Valdespina era de los nuestros y también se ocupaba de las cosas de Vizcaya. Vino la guerra, luego el asedio; Mi familia fué siempre conocida por sus opiniones liberales; cumplí con mi deber como los demás e ingresé en las filas de la milicia nacional, teniendo entonces ocasión de ayudar por mí mismo sobre las murallas a apuntar las piezas contra mis casas de los suburbios. No me quejé hasta entonces, pues no pensaba sino en la patria;

---

(14) Hay errata en esa fecha. (N. del T.).

pero el 15 de marzo por la mañana —no olvido la fecha—, cuando ví alzarse llamas por cierto lado en que jamás había fijado mis ojos sin temblar, cuando comprendí que mi nueva finca ardía a su vez encendida por el vandalismo y la ignorancia de los sitiadores, confieso que mi corazón desmayó, y por lo que yo lloraba, creedlo, no era por el edificio en sí mismo, sino por los sacrificios, las satisfacciones, por las largas esperanzas realizadas que representaban a mi vista lo que contenía, tantas cosas bellas, tantas obras de arte únicas arrebatadas a mi patria, a la humanidad, perdidas para siempre, aniquiladas. Es cierto que algunos objetos fueron robados, dispersados, pero la mejor parte pereció en las llamas.

(Durante el sitio mis casas de la ciudad no sufrieron menos que mis casas de los campos; la que yo habitaba con mi familia recibió por su parte veintidós bombas. ¡Pero no bastaron esos trances! La guerra me arrebató. dos de mis cuñados, uno teniente coronel de artillería muerto en Somorrostro, el otro detenido por los carlistas y fusilado. Agotada por las fatigas y emociones del sitio, mi mujer, la compañera de mi vida, y una de mis hijas murieron poco después. ¿Cree V. que apuré el cáliz y que mi desgracia es bastante completa? Como patriota, como esposo, como padre, en mis sentimientos, afecciones, intereses y gustos, he sido golpeado en lo más vivo de mi sér; he conocido en menos de dos años los límites de lo que al hombre es permitido sufrir. Así es que ahora mi vida no tiene finalidad y, a veces, cuando estoy solo, me sorprendo llorando. ¿Qué hacer? ¿Hacia dónde volverme? No creo ser cobarde, pero, os lo declaro, si no tuviera aún hijos, si no quedaran todavía deberes que cumplir, la existencia me sería verdaderamente odiosa.»

Bilbao es de hecho la villa más populosa y floreciente de la región; desde hace siglo y medio la diputación y las autoridades superiores residen en ella, donde se encuentran también los principales monumentos de utilidad pública: banca, hospicios, escuelas y colegio. Sin embargo, en virtud del principio de igualdad foral que no reconoce a ninguna villa el título de capital, políticamente hablando no se distingue en nada del menor municipio del Señorío, y en las Juntas Generales celebradas en Guernica no tiene derecho más que a dos representantes. El territorio de Vizcaya se divide bajo el punto de vista administrativo en 1 ciudad, Orduña; 20 villas, entre ellas Bilbao; 88 *anteiglesias* (2), 5 valles y 12 concejos. Anteriores a. las fundaciones de las villas, disfrutando de exenciones y leyes diferentes, las *anteiglesias* son propiamente localidades en que la pobla-

ción es menos numerosa y donde esta más dispersa, aunque a la larga varias hayan terminado por tomar apariencias de verdaderas villas. La costumbre que tenían los habitantes de reunirse los domingos después de misa mayor ante la iglesia para tratar sus asuntos particulares y de redactar los acuerdos que se tomaban principiando siempre por las palabras: *Ante la iglesia.....* (2), dió origen a aquel nombre extraordinario. En multitud de lugares, en Gatica, en Abadiano, existen aún, bajo la galería cubierta de la iglesia, la mesa y el banco de piedra en que se sentaba el consejo. Las villas fueron sucesivamente fundadas. sobre tierras que pertenecían a anteiglesias; para favorecer su desarrollo, los reyes las hacían sin cesar las concesiones más amplias. De ahí provino en el siglo xv una furiosa sublevación de municipios rurales que, a buenas o a malas, las obligaron. a quedar en más estrechos límites; es así como Bilbao ha permanecido reducido al territorio que hoy ocupa, apretado por todos lados por sus tres vecinas de Deusto, Abando y Begoña. Esta, sobre todo, dueña de las alturas que al este dominan a Bilbao, parece aún alimentar viejos pleitos. Desde la pequeña meseta que ocupa la iglesia de Begoña, la vista abraza de, un golpe todo el valle del Nervión o Ibaizábal, «río ancho» (7), si hablamos como los Vascos; a derecha e izquierda, reculando gradualmente, verdes colinas punteadas de muros blancos y techos pardos; en lo bajo, el curso del río que brilla al sol como larga cinta de metal en fusión, y más cerca, junto a la orilla, las mil casas de Bilbao, tan apretadas como rebaño de ovejas que van al abrevadero. Esa iglesia, cuyo campanario acaba de ser derrumbado por los obuses carlistas, es lugar famoso de peregrinación; puesta. bajo la advocación de Nuestra Señora de la Asunción, posee una imagen milagrosa de la Virgen, muy venerada por los marinos y que según se dice fué hallada en el interior de un viejo roble en el mismo sitio donde se alza el altar mayor.

Abundan las leyendas en el país, nacidas naturalmente de la inspiración popular y de esa mezcla de imaginación y de fe que forma el fondo del carácter vasco. He aquí una, siempre acerca de la iglesia, y que deseo reproducir tal como me la contaron: «Era hacia principios del siglo xvi; se ocupaban de reedificar el muy antiguo santuario de Nuestra Señora de Begoña y la bóveda no cubría aún sino solamente la parte del ábside, cuando uno de los obreros que trabajaba en la construcción del templo tuvo la idea de robar las alhajas de la Virgen; la imagen estaba ya colocada sobre el altar. Una noche, trepó el hombre por una escala hasta el alto

del muro y, notando al tenue resplandor de su linterna de mano brillo de oro y pedrerías, sintió aumentarse en su corazón el deseo sacrilego. Bajó prudentemente al interior de la nave, subió al altar y comenzó por despojar a la Virgen de todas sus joyas; pero en el momento en que arrebatava también la pequeña corona de oro del niño Jesús, la Santa Virgen le cogió el brazo como para detenerle. Aterrado por aquel prodigio, abandonó lo que había tomado y renunció a su propósito. Había ya vuelto a subir al muro y se disponía a marcharse, cuando, a la vista de las pedrerías que chispeaban más que nunca en la obscuridad, se sintió zaherido por un pesar, se acusó de falso terror, se dijo haber sido juguete de una ilusión, que la Virgen no le había cogido del brazo, que sin duda su ropa se engancharía a uno de los brazos de la estatua; volvió a bajar y realizó su robo, exceptuando la pequeña corona de oro, que no osó tomar. Después se dirigió hacia Bilbao, donde quería entrar, mas al llegar al *humilladero* (2) o pequeña ermita del Cristo, salió a su encuentro un rebaño de chivos que le cerró el camino. Entonces tomó rumbo hacia el burgo de Tranco, al oeste, y por todas partes halló un bosque tan espeso que también allí le fué imposible pasar. Subió a la cumbre de Archanda y, en el lugar llamado Meazabal, que hoy se denomina Santo Domingo a causa de una ermita fundada por San Vicente Ferrer en el siglo xv, vió llegar ante sí un tropel de toros que le arremetió furiosamente. Bajó de la montaña hasta pasar un poco la altura de Artagan, la misma que domina al santuario de Begoña y cuyo nombre vasco significa «el alto del Encinar» (7), por alusión a los robles que entonces le cubrían; luego marchó hacia el burgo del este llamado Ocharcoaga, «lugar en que abundan los lobos» (7), pero al acercarse al bosque de Palatu-Zugasti, a la orilla del río, chocó contra un gigante que armado de espada centelleante le cortó el paso. Fatigado de tanta lucha, se refugió en la floresta contrito y arrepentido de su crimen, y en aquel instante empezaron a repicar a todo vuelo las campanas de Begoña que, hasta que el campanario se construyera, estaban suspendidas de las ramas de un roble ante la puerta del nuevo templo. Los *fieles* (2) o magistrados de las dos barriadas de Tranco y de Ocharlaga acudieron al tañido seguidos de todos los habitantes y, viendo que las campanas sonaban solas sin que nadie las tocara, juzgaron que ocurría allí algo grave. Pronto advirtieron que la Virgen había sido despojada de sus alhajas y, sin tardanza iban a ponerse cada cual por su lado en acecho del sacrilego, cuando éste por sí mismo se les en-

tregó confesando su delito y devolviendo las joyas. Se le condenó a pena de muerte, que sufrió sobre la colina de Larriagaburu, nombre que significa «monte de las angustias» (7), porque allí tenían lugar las ejecuciones. No obstante, antes de morir, el culpable suplicó que tuvieran a bien enterrarle en el templo que había profanado. En virtud de su arrepentimiento, que pareció sincero, le fué acordada aquella última gracia, y se abrió su tumba bajo el púlpito. Veinte años después se cavó en el mismo sitio para depositar otro cadáver. El cuerpo del sacrílego se hallaba completamente reducido a polvo, habiendo permanecido intacto el brazo derecho que la Virgen tocó.» (15)

## IV

Todos los agricultores saben que los terrenos montañosos como el de Vizcaya producen en proporción de su base y no de su superficie. Vizcaya, como base, no mide más de 60 leguas cuadradas, y en sus dos tercios el suelo está formado de peñas estériles o de una tierra floja casi tan ingrata como aquellas. La agricultura fué por lo tanto casi nula en la Edad Media; y los habitantes no se ocupaban sino de la marina y de la industria del hierro; no había maíz, pues esta planta, cuya soberbia vegetación denuncia su origen exótico y que ahora ha arraigado también en la alimentación del pueblo español, como que a veces se, la llama *trigo de España* (4), fué introducida de América a España tan sólo hace tres siglos y medio (16); tampoco había trigo suficiente, pues se le hacía venir de Francia y de Andalucía. Una granja o caserío (8) se componía únicamente (?) de un manzanal cuyos frutos daban sidra y en el cual el labriego sembraba avena y centeno, mas cierta extensión de bosque en el monte para pasto de los animales y la explotación del carbón.

---

(15) Esta leyenda, que yo no conocía hasta verla transmitida por el fidedigno Louis-Lande, nos recuerda en su iniciación *La ajorca de oro* de Gustavo Becquer, aunque luego difiere sensiblemente de aquélla desenvolviéndose en alarde de fantasía imaginativa e inspiración popular que nuestro autor atribuye como características al Pueblo Vasco, coincidiendo con Agustín Chaho y otros escritores que vieron y estudiaron el País Vasco con más detenimiento que tantos otros, antiguos y modernos, quienes le miraron y miran como a la cubierta de un libro que no se dignan hojear (N. del T.).

(16) Respecto al maíz, puede verse mi artículo en la REVISTA INTERNACIONAL DE LOS ESTUDIOS VASCOS, número de Abril 1927. (N. del T.).

Eran los tiempos en que se decía en Castilla de un señor de Vizcaya: «Don Lope el Vizcaíno, rico de manzanas, pobre de pan y vino». En esas condiciones era siempre de temer una carestía, y las leyes forales, lo mismo que los archivos del Señorío y de las comunas atestiguan de la constante preocupación y de la dificultad de las autoridades para llegar a reunir las subsistencias necesarias. No obstante, hace cien años, según los cálculos de Iturriza en su *Historia general de Vizcaya*, aún inédita, la cosecha se elevaba anualmente a 200.000 fanegas de trigo y 400.000 de maíz, lo que constituía importante recurso para una población que apenas ascendía a 100.000 almas; la fanega vale cuatro de nuestros antiguos boisseaux (17). Desde entonces la población ha doblado, pero las cosechas se han acrecentado aún en mayor proporción; Vizcaya produce hoy anualmente 600.000 fanegas de trigo, mas de un millón de maíz, una parte del cual se exporta a Inglaterra y Alemania, 80.000 de legumbres secas, y mantiene en su territorio más de 300.000 cabezas de ganado; las manzanas, nueces, castañas, son también de buen rendimiento; en fin, el cultivo de la viña había ya tomado desarrollo cuando el oidium vino a detenerlo. Estos resultados, verdaderamente prodigiosos, se deben a la inteligencia y a la potencia de trabajo que despliega el labriego vasco en la regularización de sus tierras. Allí el suelo no obtiene jamás descanso, y los mismos cultivos acuden cada dos años. En los valles orientales que confinan con Guipúzcoa, la amelga se hace del siguiente modo: primero el trigo, sembrado en noviembre; después el nabo, sembrado en agosto, al mismo tiempo que el trebol encarnado u otro cualquier forraje, que formara una pradera artificial después de la cosecha del nabo; luego el maíz, para lo cual se da vuelta al suelo aún más cuidadosamente que para el trigo, que le sucederá inmediatamente a la vuelta del período. Al otro lado del Señorío, en las Encartaciones, la principal cosecha es la del maíz alternando con el trigo sobre una parte más o menos grande del terreno.

De todos modos, a causa de la extensión siempre mínima de territorio cultivable, si Vizcaya está asegurada de bastarse a las necesidades de sus habitantes, no puede luchar con países más favorecidos bajo este aspecto, ni encontrar en la agricultura muchos elementos de provecho. Su verdadera riqueza, su verdadera fuerza para el porvenir, es el tesoro de minas inagotables «que fué siempre

---

(17). Antigua medida de capacidad para áridos, equivalente a doce litros y medio. (N. del T.).

—según expresión de uno de nuestros geógrafos más sabios—de cierta importancia económica, pero que no puede dejar de asegurarle en breve un puesto de gran consideración en la industria del mundo». El hierro se encuentra en todas partes por Vizcaya, y son incontables los sitios que estuvieron o están aún en explotación; pero las minas más importantes son las de Ollargan, al este de Bilbao, y sobre todo las de Triano, en las Encartaciones, célebres ya desde el tiempo de los Romanos. Plinio el Viejo dice: «De todos los metales el mineral de hierro es el más abundante. En la costa de Cantabria hay un monte alto y escarpado que, lo que es increíble, es todo de esa materia». En 1783, sólo bajo este aspecto, más de 3.000 obreros estaban empleados diariamente en los trabajos de las minas, y la cantidad de mineral extraído ha excedido de 400.000 toneladas. Desde ahora se puede decir que Bilbao está destinado a ser, antes que Barcelona, en lo que se refiere al movimiento e importancia del tonelaje, el primer puerto de la Península. Es en efecto la exportación del mineral lo que supone la suma más elevada en las cifras del comercio bilbaíno.

No hay paseo más agradable que el de Bilbao al mar en uno de esos vapores tan coquetos que todas las horas se sueltan en el muelle del Arenal para poder conduciros hacia Portugalete. El fondeadero, el aparejamiento, las múltiples operaciones de carga, el ir y venir de las barquichuelas que ayudan al transporte de mercancías y pasajeros, todo eso da al río un movimiento continuo. Durante el recorrido se cruza una multitud de embarcaciones, diferentes de color, de aparejo y de bandera, recostadas unas a la orilla, otras ancladas por grupos de dos o tres en el lecho del río, otras pasando a pleno velamen o a todo vapor. Las orillas de los dos lados se prolongan verdes y rientes, ligeramente montuosas, cortadas por pequeños muros blancos que trazan el límite de los parques y jardines; en el fondo, empenachadas de pesado humo negruzco que al separarse forma inmensa mancha en el azul del cielo, surgen altas y negras las innumerables chimeneas de la fundición del Desierto. En fin, el río se ensancha, las orillas se apartan hasta el infinito; enfrente, un encrespamiento de la onda indica la presencia de la barra; he aquí a la izquierda a Portugalete con su largo muelle, sus casas de pisos y, allí arriba, destacando en el horizonte, haciéndose reconocer por su forma cómica que hace pensar, en un volcán apagado, la montaña de Serantes. Este monte sirve de guía a los marinos para distinguir la entrada del puerto; es lo primero que perciben



al entrar en el país, amenudo tras años de ausencia, y, si el proverbio dice verdad, el Serantes ha hecho derramar más lágrimas de alegría que gotas de agua ruedan por el lecho del Ibaizabal.

Había oído hablar mucho de Portugalete como bonita villa y estación de verano de las más estimadas por los habitantes del interior; hoy sería muy difícil darse cuenta de sus méritos, de tal modo la guerra, el bombardeo, la estada y el paso de los ejércitos le causaron daño; sus suburbios están devastados, sus calles hundidas, sus casas, su iglesia, agujereadas por las bombas; tan solo le queda su playa y esa magnífica situación frente al mar. Por lo demás, al venir a Portugalete no tenía propósito de permanecer mucho tiempo; tenía prisa por visitar las famosas minas de los alrededores. Actualmente se hallan en actividad dos explotaciones principales: la de Triano, llamada también de Somorrostro, nombre del valle próximo, —la cual provee el mineral más estimado y más abundante—, y la de Galdames, situada más hacia el interior e igualmente rica; están unidas por ferrocarriles, la primera en el Nervión, en el lugar denominado el Desierto, y la segunda en Sestao. Además, están en construcción tres nuevas líneas pertenecientes a distintas compañías y destinadas a servir a los yacimientos vecinos; los trabajos, detenidos durante algún tiempo por la guerra, han vuelto a reanudarse sin demora; las tres deberán finalizar en el río por Luchana o sus cercanías. Citemos aún como recuerdo el tranvía aéreo del sistema Hodgson, en que corren las vagonetas suspendidas a lo largo de un cable de hierro. En resumen, los medios de transporte están calculados para extraer cada año de la mina más de dos millones de toneladas. En ese campo de batalla del trabajo y del progreso, España, Alemania y Francia se hallan representadas, pero también aquí Inglaterra ocupa el primer lugar; de seis compañías cuatro fueron creadas totalmente o en parte por capitales ingleses. Además, es preciso decirlo, este desarrollo súbito de la industria minera no ha sido sin aportar cierto desorden al país. Antaño, en virtud del *fuero* (2), cada cual tenía derecho a explotar minas cuando y cómo quisiera, perteneciendo en plena autoridad a sus dueños directos, particulares o municipios. Poco a poco, bajo ciertos pretextos más o menos lógicos, el estado se apoderó de ellas para venderlas; es cierto que prometía a los poseedores a quienes usurpaba los terrenos un tanto por ciento del precio, pero las indemnizaciones convenidas no han sido pagadas. Al mismo tiempo, según los términos de la nueva ley del 29 diciembre 1868, es suficiente que una

persona, con razón o sin ella, sea la primera en denunciar vuestra propiedad como terreno minero para que por ello esté autorizada a hacérsela conceder. Sin duda la ley hace aquí una distinción entre el suelo, sobre el cual conserva siempre el propietario sus derechos, y el subsuelo, lugar de yacimiento de sustancias metalíferas, que en principio pertenecen al estado con libertad para él de conservarlo o de enajenarlo. Pero, si antaño, a causa de los medios completamente primitivos de que disponía la industria, sólo se explotaba el mineral más fácil de fundir, si era preciso buscarlo horadando galerías subterráneas que subían y bajaban con el filón, hoy el empleo de altos hornos permite utilizar la menor parcela de hierro y los obreros rompen la capa de la superficie y la cortan progresivamente. ¿En qué se convierte entonces esa distinción entre el subsuelo perteneciente al estado y el suelo reservado al propietario? Tras declaración de utilidad pública se procede por vía de justicia a la expropiación mediante una indemnización correspondiente. Pues bien, no hay injusticia más flagrante. Supongamos en efecto que esta indemnización equivale al valor venal del terreno superficial, ¿le pagará al poseedor los recuerdos, las tradiciones, las afecciones que van unidos a él? En verdad puede presentarse el mismo caso cuando se trate de una calle o de la apertura de un mercado, ¿pero es que nuestro estado social tan cambiante, nuestras costumbres de vida tan turbadas, se parecen en algo a las costumbres del País Vasco, en que las familias desde tiempo inmemorial se continúan de padre a hijo sobre el mismo terreno donde el propietario actual no tiene frecuentemente otro nombre que el que su antepasado adoptó otrora del lugar que venía a ocupar; donde, por decirlo todo, no hay terreno en venta porque espera la vergüenza a quien se atreviera a vender el bien patrimonial? El susto fué pues grande en toda la comarca cuando, en lo más fuerte de la locura minera, cada cual pudo sospechar en el primer especulador venido a la persona que debía desposeerle de sus bienes; la cosa llegó al punto de que muchos propietarios a todo evento se apresuraron a denunciar ellos mismos su suelo como terreno minero pagando la cuota anual a fin de disfrutar de él tranquilos.

Primero me dirigí a Galdames. El centro minero de este nombre es una de las ramificaciones de la cordillera de Triano, una compañía inglesa tiene su concesión y, motivado por los carlistas, la explotación ha tenido que suspenderse durante casi dos años. La montaña ha sido atacada en pleno flanco; con pólvora se arrancan

bloques de peña que los obreros en seguida rompen a golpes de pico; entonces se carga el mineral en vagones que la locomotora conduce; la tierra y los escombros son arrojados de lado al fondo del valle por medio de largos canales de madera dispuestos en pendiente, de tal modo que se puede prever el día en que, habiendo desaparecido el monte, el valle estará completamente colmado. En suma, no se pueden hacer sino elogios a los directores por el talento y habilidad que han desplegado: la instalación es perfecta, la disciplina es admirable; han implantado allí ese orden, esa limpieza, esa necesidad del progreso que es verdadera virtud inglesa. Como consecuencia de la afluencia de obreros, gran número de casas se han alzado en estos últimos tiempos por los alrededores de la mina. La compañía tuvo entonces la idea de fundar una aldea modelo donde estarían los obreros más higiénica y más económicamente alojados; cada departamento está dispuesto para una familia o para un grupo de solteros.

Si el aspecto del País Vasco difiere de las otras regiones de España, las Encartaciones a su vez parecen formar contraste con el resto de Vizcaya. Desde antigua fecha este nombre inexplicable y abigarrado sirve para designar toda la parte occidental del Señorío desde Bilbao hasta la provincia de Santander. El terreno es aún más accidentado, las montañas son más altas, más angostos los valles, más abruptos los barrancos, más amplios y más espesos los bosques, más rápidos los torrentes; a pesar de ese desorden, se desprende del conjunto del paisaje no sé qué atmósfera de calma, de serenidad, de que se siente uno compenetrado hasta el fondo de su sér. Se está a la vez transportado y pensativo; se quisiera encontrar palabras para explicar Ta frescura de esos prados, la limpidez de esas aguas, la pureza de ese aire que acaricia, húmedo y tibio como un beso; pero nunca la pintura ni la misma poesía podrán despertar una impresión tan sincera, tan compleja; hace falta el espectáculo presente hablando al mismo tiempo al alma y a la vista. Crucé sucesivamente Merca-dillo, Avellaneda, Ocharan, todas esas pequeñas localidades encantadoras que no podrían ser distinguidas la una de la otra, de tal modo sus habitaciones están caprichosamente dispersas en el flanco de las colinas, al borde de los arroyos; parece que es siempre el mismo villorrio que continúa. Aquí se alza encima de un pedestal de peñas alguna vieja torre en ruinas, lejano recuerdo de la época en que el distrito de las Encartaciones servía de campo a las querellas fratri-cidas de los *bandos* (2); allí, medio oculta en un ramillete de bosque,

una casa de apariencia elegante: es la morada de un *Indiano* (2); se designan así con término genérico a las gentes del país que fueron a hacer fortuna a las colonias y que de regreso a la aldea no sienten más vivo deseo que el de hacer participar de su felicidad al mayor número posible de personas. Paso y noto que en todas partes las ventanas están abiertas y las llaves en las puertas; en los montes, los rebaños pacen sin vigilancia, y los frutos de los campos no tienen otro guardián que el séptimo mandamiento del Decálogo. Valmaseda, el único pueblo que lleva el título de villa en todo el distrito, lo justifica bastante bien con su fuerte posición militar escogida, según se cree, por los Romanos, con su antiguo recinto amurado, sus cuatro calles paralelas, sus restos de palacios suntuosos, sus tres puentes de épocas y formas diferentes, signos de una importancia hoy muy decaída. Después, de nuevo los *caseríos* (2) se espacian a lo largo del delicioso valle del Cadagua, verde y florido como un jardín.

Este camino me había conducido por Zalla y Gueñes a Galdames, mi punto de salida. Avancé entonces hacia el norte por el valle de Somorrostro con la curiosidad de visitar el campo de batalla de 1874. La aldea de San Juan de Somorrostro está situada a tres kilómetros del mar, a la izquierda del pequeño curso de agua que le dió su nombre. Ahí tenía su cuartel general el mariscal Serrano el 24 de Marzo, víspera del gran ataque. El río, vadeable casi en todos lados, formaba la línea de demarcación de los dos ejércitos (18)

.....

.....

Dos años después, el valle había recuperado su aspecto apacible y riente; verdes legumbres brotaban sobre las trincheras repletas. No obstante, en los sitios en que la lucha fué más viva, en Pucheta, en Murrieta, la mayoría de las casas esperaban aún a ser reconstruídas; el terreno alrededor estaba erizado de trozos de obuses y, dominando el valle, frente a la ermita de Santa Juliana, la iglesia de San Pedro, completamente en ruinas, irguiendo en el aire límpido su masa informe, rasgada por la metralla.

Mucho tiempo antes que nosotros había este mismo valle presenciado terribles escenas, y más de una vez se mezclaron oleadas de sangre con las frías aguas del arroyo. Ahí vivieron los Salazar, cuyo nombre acude tan frecuentemente en la historia de las guerras

---

(18) Hay dos páginas dedicadas a describir la batalla. (N. del T.).

de bandos, verdadera familia de gigantes, robustos como robles, bravos como leones, ávidos como lobos, siempre dispuestos a surgir de su castillo para romper una lanza o tentar un golpe de mano. En 1256, dejando Sopuerta, donde se encontraba en poca seguridad, y fiel al consejo que le diera su anciano padre de acercarse tanto como pudiera al mar (porque en él encontraría siempre el medio de pasar su hambre), Juan López de Salazar vino a establecerse a Somorrostro, en el lugar que tomó el nombre de puerto de San Martín, porque las aguas del mar llegaban entonces hasta allí. Dos siglos más tarde, altivo por la riqueza e influencia de que disfrutaba, un Salazar hizo reconstruir el castillo; a los 62 años, tras una vida de gloria y hazañas, fué traidoramente aprisionado por su propio hijo Juan el Moro (19), y fué entonces cuando, para expulsar sus sombríos pensamientos, compuso hacia 1470 su libro, aún inédito (20), titulado *Libro de las buenas andanzas e fortunas* (2), relato de los acontecimientos conocidos por él o desarrollados a su vista. Colocado en un altozano no lejos del camino, el castillo de San Martín de Muñatones es edificio de los más imponentes. Se compone de dos recintos, el primero de 800 metros a la redonda con torre en el centro. Antaño se entraba en éste por una galería o rampa exterior de treinta peldaños situada al lado, pero cuando yo lo visité, hacía nada más que dos meses que, minado por los años y más aún por el abandono, toda una cortina de muro se había derrumbado con estrépito, dejando así a la torre abierta de arriba abajo. Hoy no sin peligro se osa entrar y, cuando los restos de los antiguos techos suspendidos en el vacío, hayan caído a su vez, tan sólo los pájaros tendrán derecho a llegar a él. La altura actual de la torre es de 90 pies; a cierta distancia se distingue un humilde edificio que se reconoce como una ermita por la abertura del pequeño muro en que estaba instalada la campana. Es la antigua capilla de San Martín, ahora transformada en granja. Ahí reposan, a algunos pies del coro, el cronista Lope García de Salazar con buen número de abuelos y descendientes suyos. ¡Ah!, ¿qué hubieran podido pensar aquellos rudos batalladores cuando chocaron dos ejércitos sobre sus tumbas?

---

(19) Véase el pleito de 1503 publicado por D. Darío de Areitio en la REVISTA INTERNACIONAL DE LOS ESTUDIOS VASCOS, bajo el título «De la prisión y muerte de Lope García de Salazar». (N. del T.).

(20) Esta obra se compone de 25 partes, de las cuales las seis últimas permanecieron inéditas desde 1471 en que se escribieron hasta 1884 en que se publicaron con una biografía del autor, debida a la pluma de D. Antonio de Trueba. (N. del T.).

¿Se estremecerían, sus huesos a la voz del cañón? ¿Reconocerían el ruido del chocar del hierro, el silbido de las balas, los gritos de odio de los vencidos, las quejas de los moribundos? ¿Se convencerían con tanta sangre vertida de que los hombres de nuestra época también saben odiar y matar sañudamente?

Es corto el camino de San Martín al monte Triano, que cierra el valle por el lado meridional. Antiguamente, la familia de los Salazar ejercía un derecho señorial sobre la exportación del mineral. Ese derecho le fué retirado mas tarde por los reyes católicos, y la propiedad de las minas vino a ser, según el fuero (2), enteramente de las comunas, disfrutando del usufructo los explotadores. Sin duda, el hierro en esa comarca sería primitivamente trabajado a brazo, como lo indica el nombre vasco de forja, *olea* (2), que significa *lugar alto* (2). Después se ideó utilizar la fuerza del agua para mover los fuelles y los martillos, reemplazados hacia 1540 por martinetes a la genovesa. La tobera, que atrae el fuego al horno por medio de un conducto, fué introducida en el país desde el siglo XVII; pero la rutina, ese gran enemigo de todas las industrias montadas en pequeña escala, fué la más fuerte, y las ruedas hidráulicas y el fuelle, con ligeras modificaciones, se han perpetuado hasta nuestros días en la mayoría de las forjas de Vizcaya. Sin embargo, la metalurgia del hierro hacía los mayores progresos en Inglaterra y Francia; pronto el hierro del país no pudo sostener más la competencia, ni aun en los mercados nacionales, con el hierro inglés, menos costoso, y las forjas se apagaron poco a poco. Hubiera terminado esa vieja industria si algunos hombres inteligentes, rindiéndose a la evidencia y renunciando a sus errores, no hubieran adoptado decididamente, con o sin perfeccionamiento, el método de los altos hornos. En 1855, los Ibarra crearon sobre el Nervión la fábrica del Desierto, que en cierto modo debía servir de ejemplo y modelo a los industriales del país. Dos años después, en 1857, como la explotación del mineral se hacía en condiciones tan malas como la fabricación del hierro, la Diputación del Señorío tuvo la idea de construir una vía férrea que, sirviendo a los pequeños propietarios de los alrededores, fuera a buscar el mineral al corazón de la mina para conducirlo al lugar de embarque. En el monte Triano, un espectáculo imprevisto llamó la atención a mis miradas; ya no era aquella regularidad metódica que admiré en Galdames, pero ¡qué actividad, qué animación!. La vía férrea no puede, sin duda a causa de las dificultades del terreno, elevarse hasta la cima y se detiene al pie,

en Ortella (sic); se transporta el mineral, a medida que se le arranca de la mina, en anchas carretas arrastradas por bueyes; todo el día esas carretas, en número de más de mil, suben y descienden con rechinamientos quejumbrosos formando una procesión sin fin a lo largo de la cuesta. Obreros están continuamente ocupados en reparar el camino usado por ese frotamiento incesante; a pesar de todo, el terreno no es sino de un polvo en que las ruedas de los carros se hunden hasta el eje y los bueyes hasta las rodillas; un polvo fino, rojizo, procedente de restos impalpables de mineral. Y ese polvo está en todas partes, viéndose el país entero como empolvado: campos, árboles, casas, los menores utensilios de hogar, la piel de los animales y hasta la de las gentes, toda está cubierto de color de orín indeleble. 'Me falta haber visto las minas en tiempo de lluvia, pero me imagino el espantoso lodazal que eso debe formar. A pesar de ello, aún preferiría este aspecto al de las minas de carbón, en que todo es negro como la noche.

La explotación se extiende a varios kilómetros, llevándose a cabo en gran número de puntos al mismo tiempo, independientes unos de otros; toda la montaña es realmente un inmenso bloque de hierro; es tan rico el mineral en ciertos lugares, que tiene el aspecto del metal mas puro. Y así se limitan, allí también, a arrancarlo en bloques por medio de la pólvora; poco a poco, en ese trabajo al aire libre, los obreros habrán hecho desaparecer las antiguas galerías, de las cuales algunas son muy amplias y se remontan a más de veinte siglos. Mientras recojo estos datos, un contraamaestre me hace señal de separarme, pues los agujeros de mina han sido horadados, los petardos están colocados y no queda sino prenderles fuego; a una señal conocida, todo el mundo se aleja y las carretas, que se disponían a pasar más arriba o más abajo, se detienen y forman como una barrera que se aumenta constantemente con las que les siguen. Brotan súbitamente cinco o seis detonaciones precedidas de relámpagos fugaces, y enormes pedazos de peña vuelan por los aires cayendo, saltando y rompiéndose con estrépito; el viento disipa lentamente el humo y se espera aún algunos instantes para que la fila de vehículos reanude su marcha detenida por un momento. A menudo estallan a la vez en varios puntos, el terreno tiembla y la atmósfera queda impregnada de un olor embriagador de pólvora.

Desde hace unas diez horas paseaba yo mi curiosidad en medio de esta gran labor; también yo estaba empolvado de los pies a la cabeza como un obrero. El último cargamento de mineral iba a aban-

donar la estación de Ortella (sic), se me ofreció una plaza para regresar a Bilbao, subí a la plataforma de la locomotora en compañía del mecánico y del fogonero—porque no hay más vagones que los que transportan el mineral—, resonó un silbido prolongado, el tren se conmovió y salimos. ¡Oh!, la hermosa carrera, llena de encanto y de emoción, mientras el viento dando latigazos en mi frente expulsaba hacia atrás mis cabellos y que de abajo, en grandes bocanadas, me llegaba hasta la cara el aliento cálido del horno. De instante en instante abría el fogonero la placa del horno, su ancha pala cargada de hulla se abismaba en el cráter, y la locomotora humeaba estupenda, roncaba y corría. Las sombras del atardecer poco a poco se hacían espesas, y el agujero del cenicero, proyectando su fulgor rojo sobre los rieles, formaba como el único ojo de una bestia enorme cuyo cuerpo se arrastrara en la noche. A medida que avanzábamos, distinguía aquí y allá en la campiña otros ojos parecidos y muy abiertos en la sombra; eran los fuegos de los altos hornos de la fábrica del Desierto, perpetuamente encendidos. Pronto llegábamos; la locomotora, suelta, iba a colocarse a la cola del tren; en seguida, los vagones eran empujados en línea recta hasta el embarcadero y, uno tras otro, por ingenioso sistema de báscula, vertían su contenido a los flancos de un navío que allí esperaba; después, terminada la operación de carga, el navío singlaría al amanecer hacia las costas de Inglaterra. Durante ese tiempo, me apresuré a cruzar el Nervión en un bote y a tomar en la orilla derecha uno de los numerosos coches públicos que diariamente hacen el servicio de Las Arenas a Bilbao.

«Martín de ANGUIOZAR» traduxit